

**Elisa
Mayo**

Relatos

**EL
LLANTO
DE UN
VIOLÍN**



EL LLANTO DE UN VIOLÍN

(Relatos)

Elisa Mayo

© Elisa Mayo

ASIN: B07SF7M7HR

1ª edición, junio de 2019

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito de Imagina Designs

Maquetación digital: Elisa Mayo

Corrección: Elisa Mayo

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A tod@s l@s lector@s, amig@s, familiares, compañer@s y conocid@s que
me
acompañan en esta aventura.

Tod@s tenemos un sueño,
¿cuál es el tuyo?

SINOPSIS

¿Qué vas a encontrar en este libro?

En estas páginas hay pequeñas historias de amor, humor, intriga, erotismo, magia, dolor, esperanza y, sobre todo, realidad. Escritas con un lenguaje sencillo y directo acompañado de ironía y sarcasmo. En todas ellas encontrarás mensajes de vida, ¿te atreves a descubrirlos?

SINOPSIS

CEGUERA Y ALGO MÁS

LA VISITA

CONEXIÓN CON DIOS

CUANDO LA FRUSTRACIÓN SE VUELVE CRÓNICA

DE SEGUNDA MANO

EL GARFIO DE EDUARDO

EL CLUB DE LA MARIPOSA

EL DESAYUNO

EL MUNDO EN MIS DEDOS

LA PARTE TRASERA

DE PROFESIÓN: CARNICERA.

PALOMITAS DE MAÍZ

EL LLANTO DE UN VIOLÍN

LA INCONTINENCIA VERBAL DE LAS COTORRAS

LAS MUJERES DE MI FAMILIA

LECCIONES

[MIS BOTAS HABLAN](#)

[NOTICIAS DE PABLO](#)

[PRIMERA PLANA](#)

[UNA VIDA EN LILA](#)

[PIES PLANOS](#)

[UN HOMBRE MUERE DESANGRADO](#)

[TÉ CON LIMÓN](#)

[UNA VENTANA AL MUNDO](#)

[CONVERSACIONES](#)

[CHAT: LAS *LOKAS* DEL COÑO](#)

[NOVELAS PUBLICADAS DE LA AUTORA EN AMAZON](#)

CEGUERA Y ALGO MÁS

—Abuelo, baja el volumen. Me estoy volviendo loca. —Ni caso. Me asomo por la puerta del salón. Como siempre, está a dos palmos de la pantalla—. ¡Abuelo! —Nada. Me acerco y le doy un toque en la coronilla. Me mira—. Abuelo, el volumen. Me voy a quedar más sorda que tú.

—Estoy medio ciego, pero no sordo, niña. Me gusta así.

Vuelvo a la cocina. El volumen disminuye. ¡Qué descanso! Pero aún puedo oír un anuncio: «Estoy en un mar de dudas...»

—¿En un bar de putas está el tío? ¡Será mamón!

Sonrío, mientras corto una cebolla.

LA VISITA

Hoy hace un año de aquel... desafortunado accidente en la escalinata. Estoy de paso y no he querido perder la oportunidad de hacerte una visita; pensé que te gustaría. Sé que me echas de menos.

¿Recuerdas cómo nos conocimos? Nada romántico; estúpido, más bien. Yo estaba tomando café en la barra del Trento con una amiga, y tú no dejabas de observarme tímidamente. No me hizo ninguna gracia que, finalmente, vinieras a interrumpir nuestra conversación; presentarte, besándome la mano sin apartar tus ojos de los míos de esa forma un tanto liviana, fue ridículo. Aunque eso, precisamente, fue lo que acabó conquistándome, ¿sabes?

Nuestros comienzos juntos no fueron mucho mejor que aquel primer encontronazo. Hacíamos excursiones en moto a lugares recónditos, donde un riachuelo arrullaba entre las rocas y el canto de los pájaros revoloteaba sobre nuestras cabezas recostadas en el pasto. Lo que yo te diga; aburrido y de lo más cursi. Tengo memorizada la primera vez que «lo hicimos»; bajo un manto de estrellas que me llevaste a observar desde la cima de la colina. Fue ciertamente empalagoso; nos colmamos de besos y caricias, entregándonos las hormonas adolescentes más amables. Salíamos con la pandilla de cañas, hacíamos barbacoas en casa de Ernesto, íbamos de vacaciones todos juntos a Mallorca. Totalmente innecesario, estaba segura de que aquello no tenía futuro y pensaba dejarte a los pocos meses. Alargué la agonía porque creí que, con el tiempo, las personas pueden cambiar. Estaba segura de que tú podrías hacerlo, tú me darías una vida mucho más llena que aquellas reuniones de risas y parrandeo fachoso con nuestros mejores amigos, ¿verdad?

Y lo hiciste, cambiaste de una forma especial cuando empecé mis clases de Biología. Te encantaba seguirme a todas partes, no me dejabas ni un minuto a solas; eras tan... atento. Incluso cambiaste de especialidad para estar más tiempo conmigo; las mismas clases, los mismos apuntes, los mismos pupitres. Me sentía plenamente *libre* compartiendo todo mi espacio contigo, y ya no nos

hacían falta amigos ni salidas en grupo; todo nuestro universo se extendía a través de nosotros dos. Estábamos tan rematadamente enamorados que sugeriste irnos a vivir juntos a uno de los pisos que tu padre tenía cerca de la universidad; de esa forma no tendríamos que separarnos para dormir. Me amabas tanto...

Estudiaba sin parar, hacía la compra, cocinaba, limpiaba, planchaba...; apenas dormía, mientras tú te pasabas las horas descansando en el sofá. Estaba llena de vitalidad, me sentía... *pletórica*. Tú sabías que tantas responsabilidades acabarían por agotarme, de modo que *decidiste* que dejara de estudiar para dedicarme a las tareas domésticas y a cuidar de ti. Mi respuesta fue categórica; yo debía acabar mis estudios para satisfacer mis ansias de aprender, dar respuesta a mis inquietudes y, de esa forma, poder dedicarme a lo que verdaderamente me satisfacía. Pero tu bofetón me cruzó la cara y me hizo ver que tú estabas en lo cierto; mi cometido en esta vida era quedarme a atender nuestro hogar. Tu padre nos mantenía a los dos. No había necesidad de *derrochar* mi talento en materias insulsas como el estudio de los seres vivos. Yo no sabía cómo agradeceréte, no había persona en el mundo más pendiente de mí que tú, siempre pensando en mis intereses; eras tan generoso y me hacías ver las cosas tan... claras. Esa misma noche hicimos el amor para celebrarlo; ya no eras el pelmazo lerdo que recorría mi cuerpo poco a poco hasta que el placer nos hacía sucumbir, ahora eras un lujurioso experto y no te entretenías en los típicos preámbulos que no conducían a ninguna parte. Menuda pérdida de tiempo, ¿verdad?

Cada día daba gracias al cielo por haberte puesto en mi camino, lloraba de gozo cuando te dormías para no molestarte y apenas cerraba los ojos velando por tu descanso. Fue la época más *feliz* de toda mi vida, sin duda. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a elegirme la ropa que ocultara aquellos moretones cada vez que teníamos visita? Tus golpes eran tan asiduos que no dábamos abasto con los linimentos. Los dibujos de mi piel te señalaban como un exquisito caballero resuelto en responder a mis desleales pataletas. A veces me atrapabas tan fuerte, que me sentía afortunada por tener a un hombre a mi lado capaz de romperme un brazo por protegerme de cualquier futura complicación. ¡Qué tiempos aquellos!

Me alegro de que podamos compartir una vez más nuestros recuerdos. Pero he de marcharme ya, me esperan. Solo he venido a disculparme por no poder evitar que cayeras y a cerciorarme de que tu nombre sigue esculpido en esta bendita piedra.

CONEXIÓN CON DIOS

—Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, hijo.

—Veo que tienen toda la acera levantada, ¿están haciendo obras para la iglesia?

—Sí, hijo mío. Estamos poniendo una red de fibra óptica para la conexión de los ordenadores del claustro.

—¿Y cómo es eso, padre? ¿No es suficiente con el wifi?

—Pues parece ser que no. Últimamente estamos teniendo muchas interferencias. Entre las antenas para los móviles, las parabólicas y que compartimos la señal con los vecinos más pobres, no hay manera de conectarse.

—Vaya, pues ese es un gran problema...

—Sí, lo es. Hace días que los feligreses no pueden hablar con Dios y están preocupados. Además, se nos están acumulando las oraciones.

—Vaya, pues yo venía a rezar también...

—Pase, hijo, pase. No se preocupe, deje su petición para el Santísimo en uno de los ordenadores que, en cuanto tengamos todo esto montado, las enviaremos por email.

—Ya, padre, pero... es una petición urgente...

—Ah, ¿y cómo de urgente?

—Urgente, padre... ¿hay diferentes urgencias?

—Desde luego, hijo. Existe el «urgente», el «muy urgente», el «urgentísimo» y el «escandalosamente urgente».

—Mire, padre... estaba en el bar de la esquina, ha entrado una rubia despampanante y le he dicho de invitarla a una copa, usted ya me entiende... Me ha contestado que «cuando las ranas críen pelo», y yo he salido corriendo a ver si el Santísimo me pudiera hacer el favor...

—¡Escandalosamente urgente! Pase, pase... que ya le dejo mi portátil que

utiliza una conexión independiente y podrá tener hasta una vídeo conferencia con el Altísimo en un periquete.

CUANDO LA FRUSTRACIÓN SE VUELVE CRÓNICA

Hombres y mujeres conduciendo sus coches cada mañana, temprano. La luz de los semáforos refleja su mal humor, su falta de ganas. Llevan mucho tiempo pensando en qué es lo que les hace sentir ese vacío en el pecho; ya lo han olvidado, pero el agujero sigue allí.

Funden las tarjetas de crédito, van de copas y de putas con los amigos, a esquiar, a pasar el fin de semana al campo... y nada; aquello sigue allí, cada lunes cuando se despiertan en la cama. ¿El trabajo les asquea? ¿O es el sueldo? ¿O el jefe? ¿El gruñido recién levantado de su pareja? ¿Los niños gritando? ¿El no poder escapar de las obligaciones? ¿El poco tiempo libre?

Se empeñan en ponerse metas, conseguir objetivos; ya sean propios o del vecino. Una detrás de otra, sin degustar el sabor de la consecución, perdiendo el interés una vez alcanzado. ¿Será que erran en sus elecciones? ¿Será que no se paran a pensar lo que realmente importa? Realmente, ¿importa algo?

No consiguen encontrar nada que les interese. Viven mecánicamente. Hacen lo que «hay que hacer», dicen «lo que hay que decir» y piensan «como se ha de pensar». Su pequeño mundo les invade el espacio, les suprime el oxígeno y van en fila al compás de lo que está marcado.

Cuando creen que nadie los mira, se meten el dedo en la nariz, o hacen eses por la carretera, le miran las tetas a la vecina, se imaginan liándose con el cajero del súper, se tiran un pedo y dicen... «ahí queda eso».

Y cada noche, antes de irse a dormir, sacan a pasear al perro y, a la vez, pasean sus frustraciones para dejar algunas en la calle, y así dar cabida a las que vendrán al día siguiente.

DE SEGUNDA MANO

Mi casa está llena de objetos usados. Me gusta tener chismes con historia, enriquecidos y con experiencia. Me he pasado horas recorriendo mercados y tiendas de segunda buscando una coctelera metálica, manual, de las de toda la vida; de las que se usan en los bares para preparar los mejores combinados. Y, finalmente, la he encontrado cerca de casa, en una nave en medio del polígono industrial; un lugar que, aunque no es demasiado encantador y ordenado como otros, es especialmente selecto y está lleno de cachivaches muy llamativos. Parece ser que esta semana les ha entrado un buen ejemplar y el encargado me lo ha hecho saber. Y aquí estoy en su busca.

—Buenas tardes, Santi. Vengo a por la coctelera.

—Hola, Roberto. Sí, enseguida te la traigo. —El chico desaparece en la trastienda y vuelve con un paquete envuelto en papel cebolla blanco. Me lo entrega.

Lo cojo entre mis manos y lo desnudo para ver su interior. Y ahí aparece, entre mis dedos, el gris brillante y su cuerpo helado. Algunos arañazos describen su uso. Desenrosco el tapón y un olor a frutas maceradas sobre metálico inunda mi nariz.

—¡Es magnífica! Gracias. —La vuelvo a cubrir con el papel.

—Está en perfecto estado, a pesar de su uso —dice el dependiente, mientras me da el cambio.

—¿Sabes de dónde viene?

—Directamente del Club del pueblo, ya me entiendes... Tras su cierre, lo desmantelaron entero.

—Vaya, ¡genial! Entonces, tiene probada experiencia.

Conduzco de vuelta un poco nervioso, no veo el momento de llegar a casa y estrenar mi nueva adquisición. Veinte minutos más tarde estoy en mi cocina. Un limón, una naranja, un poco de grosella, ginger-ale y una pizca de ron añejo. Algo sencillo para empezar. El hielo pilé también está a punto. Cierro

la tapa y agito. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha, arriba y abajo, compases largos, tiros cortos, a dos tiempos... y listo.

Dejo reposar un minuto el recipiente sobre la mesa. Desenrosco despacio. Un hilo de humo translúcido emana del líquido y sube hasta el techo. Poco a poco, la columna se densa y empieza a tomar forma. La cabeza, el tronco, los brazos, las piernas... El rojo deja paso al rosa, el naranja palidece. Una cabellera rubio platino se define, un flequillo de Cleopatra... ¿Patas de gallo? ¿Piel flácida? ¿Pechos flojos? ¿Vello púbico gris?

—Pero ¿qué es esto? ¿Una broma?

—Por tres euros, ¿qué esperabas, encanto?

EL GARFIO DE EDUARDO

Eduardo me tiró sobre la cama, me quitó el pañuelo de seda rojo que llevaba anudado al cuello y me tapó los ojos con él. La tenue luz del candil desapareció. ¡Cómo me excitaba no ver nada! Deshojó las cuerdas de mi corpiño sin apenas rozarme la piel, dejando libre el grito de mis pechos ansiosos. Me lamió el ombligo con una lengua imponente, casi furiosa, que me encogió la espina. De repente se detuvo y sentí su olor a mar bravío alejarse como barco que zarpa, para luego volver sobre mi boca como olas golpeando sobre la arena. Lo abracé con mis pechos y él los acogió con el anhelo de un jabato hambriento. Me arrancó la falda por las piernas y mi obertura quedó a su merced. Oí cómo se relamía mientras arrastraba su barba esponjosa por el interior de mis muslos hasta alcanzar mi ingle, no sin antes mordisquearme el monte de Venus. Yo me agarré a las barras del dosel cuando sentí la humedad de mi interior salir a la luz, cegando mis sentidos. Fue entonces cuando noté el contraste del acero sobre mis pliegues fogosos. El frío metálico me hizo enloquecer. Su garfio pulido me arrancó un aullido sordo. Fue entonces cuando percibí el sonido de su *mano humana* sobre la piel mojada de su glande, preparándose para la acción. Podía sentir su olor a moho escondido tras un armario; por mucho que quieras esconderlo, cala por todas partes.

—Déjame tocar, Eduardo —conseguí gemir.

—No, princesa. Es más divertido si no sabes con qué te vas a encontrar.

—Estaba segura de que sonreía bajo su barba.

Y yo me dejé hacer. Se arrodilló entre mis piernas abiertas, golpeando mi centro gravitatorio con su verga solemne de marinero solitario. Su garra postiza siguió la trayectoria de mi clítoris, mientras su espada encontraba mi empuñadura. Rodeé sus nalgas con mis pies y sentí cómo me enfundaba a través de mis paredes interiores. Grité. Acercó su cara a la mía y su aliento me quemó la piel; el olor a puros habanos y *whisky* escocés me recordó la parte trasera de la taberna del puerto, donde Eduardo me arrancó las enaguas, por

primera vez, con su ganzúa bajo mi vestido vaporoso de señorita, y me convertí en su fiel servidora, escondida tras un pañuelo rojo...

EL CLUB DE LA MARIPOSA

Después de cenar, cuando la luz se convertía en sus propias sombras, la ventana era el único entretenimiento antes de acostarme. Con una copa de vino y un pitillo, me asomaba a la vida de la calle. Acurrucada sobre el sillón de pana verde musgo, interceptaba las idas y venidas de viandantes solitarios, discretos, anónimos; buscadores de tesoros en los pasadizos del burdel. *El Club de la Mariposa*, envuelto en cortinas de terciopelo rojo, recluso a una callejuela del viejo barrio, donde mi abuela dejó un legado que rechacé a medias. No el oficio, sí el beneficio.

Catalina se encargaba del día a día, yo de la carga del negocio. Cada mañana recogía la recaudación y los lunes preparaba la semana de las chicas según las citas previas concertadas por nuestros clientes. La vocación era la única premisa que yo imponía para trabajar en mi local. Aquí se folla por placer, no por obligación. Si los clientes no quedan satisfechos, no vuelven, como en cualquier otro negocio. Por eso el burdel de mi familia llevaba más de cien años funcionando. Yo misma entrevistaba y hacía la selección de las aspirantes. Veinte chicas entre dieciocho y sesenta años recorrían las habitaciones, dando a sus usuarios aquello que habían venido a buscar. Todo estaba permitido, menos enamorarse.

Como cada jueves a medianoche, el hombre de traje azul perfectamente colocado cruzó la puerta. Lo imaginé subiendo las escaleras de madera pulida, tras las nalgas de alguna de las chicas. Nunca pregunté por los gustos de ningún cliente en concreto, sí en general, para aconsejar a mis putas, pero no por curiosidad. No estaría bien que lo hiciera ahora con aquel hombre, al que llevaba observando más de seis meses. Conocía a todos los clientes del burdel, pero aquel se me escapaba. Más de una de esas noches, me desnudé frente a la ventana e imaginé que era yo quien hacía disfrutar a aquel desconocido. En mi mente vi cómo le quitaba aquella corbata color magenta sobre camisa blanca. Cómo mis manos descubrían cada una de sus curvas. El

vello de su pecho acariciaría mi cara cuando paseara mi lengua entre sus músculos, arrastrando a la vez mis pechos sobre su pene ansioso, que acabaría empapando con mi aliento. Debía pasar de la imaginación a la realidad.

El viernes bajé, como cada mañana, al local. Catalina me estaba esperando con el sobre de la recaudación. Lo cogí y lo metí en el bolso.

—Oye, Cati —empecé a hablar—, hay un cliente que viene todos los jueves a medianoche, con traje azul, alto y de pelo oscuro, bien parecido. No lo conozco. ¿Cuál de las chicas se lo trabaja?

—Es el señor Caballero, damos por hecho que no es su verdadero nombre. Y siempre pide a Marcia —contestó Catalina, sin dejar de revisar la agenda para la noche siguiente—. No es de la ciudad, creo. Pues no lo hemos visto nunca por aquí, ni yo, ni ninguna de las chicas, y por lo que veo, tú tampoco.

—No da problemas, ¿cierto?

—No, no los da.

—Bien, entonces no le demos más vueltas.

Marcia era la chica *Camaleón*. La que se disfrazaba de lo que los clientes deseaban. Con ella siempre debía haber cita previa para que pudiera tomarse el tiempo necesario y preparar el ambiente, ya que no solo se trataba de disfrazarse, sino de crear el contexto adecuado.

Podría sustituirla. Pero ¿cómo? No podía decirle que no viniera esa noche habiendo trabajo. Y, menos, que yo iba a suplantarla. En los quince años que llevaba al frente del negocio, yo nunca había ejercido. Lo mío era dirigir. Sería demasiado evidente. Pero por otro lado, ¿por qué la jefa no podía hacer lo que le viniera en gana de vez en cuando? Porque aquello era un negocio, no una casa de muñecas donde podía meter las manos por capricho. Debía pensar en algo, llevaba demasiado tiempo queriendo estar a solas con aquel anónimo. Me gustaba su forma de andar, de llamar a la puerta, de esperar fumando un cigarrillo. Tenía que probarlo.

—Señor alcalde, disculpe que lo moleste —saludé en cuanto descolgaron.

—Señorita Arellano, ¿qué puedo hacer por usted? —contestó un tanto receloso. Y no lo culpo. Mis llamadas siempre crean un cierto temor en mis clientes.

—Necesito un pequeño favor. No lo comprometerá más de lo debido.

—Diga, entonces. —Se impacientó.

—¿Es posible que el próximo jueves pida usted que Marcia lo acompañe a eso de la medianoche?

—¿Eso es todo? —Noté que resoplaba por debajo del bigote.

—Sí, eso es todo. Necesito que esté ocupada, para dar largas a un cliente que se ha puesto un tanto pesado —mentí.

—Por supuesto. No faltaba más. Será un verdadero placer. Me gusta Marcia. Bueno, para qué engañarnos, me gustan todas. —Se rio, ya del todo relajado.

—Abusando de su confianza, le pediría que no dijera que usted y yo hemos hablado sobre este asunto. No quiero que las chicas se asusten. Usted ya me entiende.

—Por supuesto. No faltaba más. ¿Desea alguna cosa más?

—No, eso es todo.

Efectivamente, el alcalde llamó para reservar cita con Marcia. Y como era de esperar, no pudieron decirle que Marcia esa noche estaba ocupada, se trataba del alcalde.

El mismo jueves, cuando bajé a recoger el sobre, Catalina me contó el caso en el que *nos* encontrábamos con el señor Caballero y el alcalde. Le dije que no se preocupara, que encontraría una solución y le pedí que me dijera de qué se suponía debía ir vestida Marcia para el señor Caballero.

—De Gilda —me informó y añadió que la chica lo tenía todo preparado.

—Mira, la solución más rápida es que yo misma haga el papel —dije decidida y sin que se me notase la emoción en la voz.

—¿Tú? —Catalina me miró atónita—. Pero si nunca has querido participar de este trabajo.

—Bueno, alguna vez debía sacrificarme por el negocio, ¿no? —dije, con afán contenido.

—Bien, como quieras. Tú eres la jefa. —Lo apuntó en la agenda.

—No es necesario que lo apuntes, es solo por esta noche.

Me marché. Pasé el día ensayando el numerito. Me preparé un baño de sales aromáticas. Cremas hidratantes. Aceites íntimos. Perfumes deliciosos. Mi cuerpo rezumaba suavidad y brillo. Me peiné al estilo «Gilda». Me puse

ropa interior negra, liguero de seda incluido. Me cubrí con un abrigo y crucé la calle para entrar en el burdel. Todo estaba preparado. La emoción me embargaba por momentos. Marcia salió a mi encuentro.

—Jefa, gracias por suplirme. Espero que no sea muy duro para ti.
—Sonrió la chica.

—No te preocupes, el negocio es el negocio. Pero no creas que voy a hacerlo todos los días.

Subí a la habitación y acabé de prepararme. El vestido negro entubado y los famosos guantes. Preparé el equipo de música y el micro de pie para la actuación. Dos copas de cava sobre la cómoda. Sonaron tres golpes en la puerta. Apagué la luz y encendí el foco que debía alumbrarme durante la actuación. Me puse tras el biombo. ¡Qué nervios! Por fin iba a conocer al hombre misterioso.

—Adelante —invité.

La puerta se abrió, se oyeron pasos que se dirigieron a la butaca junto a la ventana. Oí cómo la piel se arrugaba bajo los pantalones de quien se sentó. La música empezó a sonar, *Put The Blame on Mame*. Movimientos de caderas, toques de pelo, un guante fuera, el otro...

—¡Bravo, bravo! —berreó una voz que me pareció conocida. La figura salió de las sombras, aplaudiendo.

—¿Señor alcalde? ¿Qué hace usted aquí? —grité de terror.

—He oído comentar a las chicas que la jefa se había puesto a trabajar y no he querido perderme su debut.

EL DESAYUNO

Otra vez la luz se cuele por las rendijas de la persiana y dibuja lunares brillantes sobre las puertas de espejo del armario. Abro un ojo y calculo la hora que es por la trayectoria de los hilos tensos de claridad. Es tarde. Pero no quiero levantarme, ahí fuera hace frío y aquí el peso de las mantas me protege. ¿Qué día es hoy? Me quedaré un rato más, hasta que el sonido del teléfono inunde el silencio con la llamada de mi madre; yo le mentiré otra vez, como cada mañana, diciéndole que ya me he levantado y ella sabrá que no es cierto. Ella siempre lo sabe, pero no dice nada al respecto, solo me dice que en media hora estará conmigo para desayunar juntas. Mi abuela siempre viene con ella; me gusta que vengan, aunque a veces les digo que no lo hagan, porque prefiero estar sola; entonces se quedan y esperan a que yo las llame. Son demasiado buenas conmigo. No sé cuánto tiempo llevo así, creo que la última vez que pisé la calle llevaba un vestido de tirantes y sandalias, pero no lo recuerdo con claridad. No, hoy no quiero levantarme.

Suena el estridente sonido del timbre de la puerta, una sola vez. No tengo la más mínima intención de abrir. A continuación, el mecanismo de la cerradura cede a la fuerza de la llave y el chirrido metálico de las bisagras me hace abrir los ojos bruscamente. Me levanto de un salto y el helado ambiente me atraviesa el pijama. Ya no importa. Me sacudo la modorra y me pongo una sudadera, me recojo el pelo en un bucle enmarañado. Cuando la cara de mi madre asoma por el marco de la puerta de mi habitación, ya me he puesto las gafas y estoy estirando las mantas. No me gusta ver preocupación en sus ojos; aunque sabe que acabo de levantarme, sonrío y me mira complacida.

—No has llamado —digo.

—No, quería darte una sorpresa —declara.

Se acerca y me da un beso en la mejilla, sus labios son algodón de azúcar. Mi abuela viene detrás, abrazarla es como regresar a casa tras un largo viaje.

En seguida, las dos comienzan su baile diario. El sonido del abrir y cerrar

de cajones me llega desde la cocina, el crujido del muelle de la tostadora expulsando su calor en forma de rebanadas de pan. El aroma a café pronto se desliza por toda la casa, desplazando el helor a un segundo plano. Ya noto la suavidad de la mantequilla mezclada con el amargor del café.

—Nena, el desayuno ya está listo —avisa mi madre.

Yo dejo la ventana para otro momento. El desayuno, la única razón por la que merece la pena levantarse cada día, aunque solo sea por un lapso.

EL MUNDO EN MIS DEDOS

Allí iba yo, por la calle Rectoría, una cuesta hacia las afueras que no se acababa nunca; sorbiéndome los mocos porque había olvidado el pañuelo encima de la mesilla de noche. Con los pantalones domingueros de pana marrón heredados de mi hermano Jordi, que aún me costaba rellenar, y la camisa clara de rayas que me había dejado por fuera porque cuando me miré al espejo, parecía un pimpollo si la encerraba bajo el cinturón. Agradecí llevar el pelo casi al cero, si no mi madre me hubiera peinado con la raya por encima de la oreja derecha y eso habría sido demasiado; aunque de camino, habría agitado la cabeza para desmontar aquel bochorno. No era domingo, ni tenía que ir a misa de doce, pero había sido invitado, junto a todos los de mi clase, al décimo cumpleaños de Julia. Julia, la de lazos rosas en las coletas, la de vestidos de estreno diario, la de zapatos relucientes. Julia, ¿qué hacía una niña como aquella en un colegio como el nuestro? Tuvimos que construir un sistema solar para un trabajo de Ciencias, juntos, y apenas dijo diez monosílabos, mientras yo no dejaba de parlotear sobre los movimientos del planeta. ¡Cómo me gustaba, ya entonces, la astronomía!

Entré en el portal y casi sentí vértigo. Techos altísimos se elevaban sobre mi cabeza, en las paredes no había baldosas, sino que estaban forradas de moqueta de un color teja extrañamente apagado. Cuadros de diferentes tamaños y marcos dorados remataban la decoración. Cuando miré al suelo, me vi reflejado como en una fotografía antigua. Toqué el timbre del segundo B. Esperé un instante, sujetando el regalo con las dos manos junto al pecho. Julia era la única de clase que no tenía bolígrafo de diez colores, aunque no entendía muy bien por qué. Apareció tras la puerta. Me sonrió y yo le contesté del mismo modo. Le entregué el bulto envuelto y lo acogió bajo un «gracias» casi inaudible pero sincero. La seguí hasta el comedor, recorriendo un laberinto de habitaciones que no me dio tiempo a memorizar, aunque todo el ambiente me recordó a lo visto en la entrada del edificio. La estancia era cuatro veces la de mi casa y a la mesa cabíamos los veinte comensales de sobra. En situación opuesta, descansaba otra mesa más pequeña y bajita, la que había en todas las casas delante del sofá, pero más grande que la nuestra desplegada. Allí depositó el paquete que yo había traído. Al parecer, era el

primero en llegar.

Sofía, la madre, apareció por una de las puertas que daba a aquella sala, llevando dos platos en cada mano.

—Buenas tardes, Mario, eres el primero en llegar. Me alegro mucho de verte. —Su voz sonó como la de mi madre al arroparme cuando estaba enfermo. Se acercó y me besó en la frente—. Id a jugar un rato, mientras llegan los demás y yo acabo de poner la mesa.

Julia me cogió de la mano y me arrastró por otro pasadizo hasta llegar a su habitación. Me quedé en la puerta, sin ver nada, solo aquel mundo que se abría ante mis ojos, colgando de la pared frontal. Aquella insignificancia en medio del universo hizo que dos *velas* resbalaran fuera de mi nariz y allí se quedaran, porque dejé de sorber, de vivir. Una ventana azul de meridianos y paralelos me invadió. Las manchas de colores vivos que marcaban territorios me atraparon. Ni siquiera los de clase eran tan grandes como aquel. En un momento dado, vi a Julia saltar por delante de aquella maravilla, agitando los brazos. Se había quitado los zapatos y me invitaba a seguirla. Hice lo que me pedía y subí a la cama para verlo desde más cerca. Unimos los dedos y viajamos por Checoslovaquia verde, China azul, Marruecos rojo, Australia rosa, Estados Unidos multicolor. Esa tarde, aquella niña de coletas oscuras, de piel transparente y un tanto rara, según mi amigo Ramón, me extendió una alfombra roja hacia su mundo más recóndito y... solitario.

LA PARTE TRASERA

Rita se había marchado hacía casi un año, dejándome con el alquiler y una depresión profunda que provocó mi despido. Una semana llevaba en mi nuevo puesto de trabajo y ahora aquello. De esa forma, ¿cómo pretendía mi psiquiatra que levantara cabeza?

Allí estábamos, echados boca abajo y con las manos en la nuca, en medio de un *berenjenal* insólito en estos tiempos. El teléfono sonó y los tres hombres se miraron unos a otros. El más alto respondió, sin dejar de apuntarnos con la pistola.

—¿Sí? —Se mantuvo a la espera—. Espero que eso sea cierto, porque si no, esto va a acabar muy mal. —Colgó el auricular con agresividad—. Dicen que en cinco minutos tendremos la furgoneta en la puerta.

Los tres llevaban sendos pantis tapándoles la cabeza y estrangulándoles la carótida. O al menos, eso me parecía a mí.

—Creo que deberíamos llevarnos a un rehén, porque estoy seguro de que el coche estará *marcado*; de esa forma nos aseguraremos de que la policía no se acerque —expuso el más robusto.

—Estoy de acuerdo. Cuando cambiemos de coche, lo dejamos en la furgoneta, y ya lo encontrarán —repuso el más delgado.

—Bien. Pues elijamos a uno de estos *pringados* —habló el alto.

Los seis pares de ojos se volvió hacia nuestra posición. Estábamos los dos empleados y el director de la sucursal junto al despacho de este último, y cinco clientes apelotonados bajo el mostrador principal, a tres metros de nosotros. «Seguro que me toca a mí. Con la suerte que tengo últimamente». Miré hacia otro lado.

—Eh, tú, *rubito*. Te vas a venir con nosotros —dijo el robusto. «¡Mierda! Lo sabía». Se acercó a mí y me dio un puntapié en el codo—. Levanta —me ordenó.

De todas formas, no tenía nada mejor que hacer. Así que me incorporé y

me cogió del brazo, tirando hacia la puerta principal. El teléfono volvió a sonar. El alto descolgó y esperó.

—Por cierto, agente... —dijo, guiñando un ojo a sus compinches—. Nos llevaremos a un rehén para asegurarnos de que no hacéis nada que no debáis —expuso, y seguidamente colgó el teléfono—. Ya tenemos la furgoneta.

—Sí, ya la veo —dijo el que me sostenía.

—Bien, todo el mundo calladito y en su sitio sin moverse. Ahora nos largamos —dijo el flaco.

Recogieron las mochilas llenas de los billetes que yo mismo les había dado y abrieron despacio la puerta de entrada conmigo delante y con el cañón de una pistola taladrándome la espina dorsal. Yo intentaba andar con un paso tranquilo; mi vida valía poco, pero no era plan de que me convirtiera en un fiambre. Vi, al menos, diez coches de policía frente a nosotros y una furgoneta negra con vidrios tintados en la esquina más próxima. Me metieron a empujones en la parte trasera y me taparon la cabeza con una bolsa de tela oscura. Oí cómo el motor rugió y nos poníamos en marcha.

—Bien, tíos. Tenemos claro el plan, ¿no? —Oí la voz del más alto en la parte delantera. Hubiese jurado que era el que conducía.

—Sí. Dejamos la furgoneta en el aparcamiento público, nos metemos en nuestro coche y nos largamos. Ha sido pan comido. —Rio el robusto, también en la parte delantera.

—Joder, tíos. Esto ha sido coser y cantar. Deberíamos hacerlo más a menudo —se mofó el flaco, junto a mí. Se rieron los tres a carcajadas y se relajaron un poco. Pero aún podía sentir la pistola pegada a mis costillas.

—Perdonad —interrumpí—. Pero ¿os importaría llevarme con vosotros en lugar de dejarme tirado en la furgoneta, teniendo que contestar a las mil de preguntas de la policía? No tengo el cuerpo para eso...

DE PROFESIÓN: CARNICERA.

La señora Montse era la dueña de la única carnicería del barrio. Cada día bajaba de su casa a la tienda por la escalera del rellano interior, puntualmente, a las seis de la mañana para recibir la mercancía fresca. La preparaba y colocaba en las cámaras frigoríficas para que, cuando a las ocho las puertas se abrieran, sus clientas disfrutaran de un ambiente despejado de cajas y olores innecesarios.

Tras el mostrador, su figura se movía con ímpetu, a pesar de su obra arquitectónica de varices, construida durante más de cuarenta años de trabajo. Todo utensilio cortante se deslizaba con maestría por sus manos, mientras descuartizaba las piezas que caían bajo sus cuchillas. No era diestra ni zurda, utilizaba las dos manos con la misma seguridad y precisión. Era todo un espectáculo verla cambiarse el hacha de mano a mano, en lugar de mover la pieza que estaba deshuesando sobre la tabla de cortar.

—¿Qué más te pongo, cielo? —le preguntaba a Luisita que, con diez años, cuidaba a una madre postrada en una silla de ruedas... —Te pongo un bistec de la mejor ternera del país y te lo comes esta noche cuando hayas acostado a tu madre, pero *chist*... —le decía en voz baja, mientras le guiñaba uno de sus enormes ojos marrones, embadurnados de polvo azul eléctrico.

La señora Montse siempre ocupaba la parte derecha del mostrador, junto a la puerta de la tienda que daba a la calle. No tenía hijos y le gustaba mirar la plaza y ver a los niños jugar en los columpios.

—Mari Pili, se me ha acabado el pollo —le pedía, con una sonrisa divertida, a su dependienta más veterana, que estaba en la otra punta del mostrador.

La muchacha dejaba escapar una risita, inclinándose sobre la tarima de acero; arrastraba un pollo por el cuello hasta el interior del mostrador y, con la misma inercia de bajada, lo impulsaba hacia arriba, balanceándolo primero y haciéndolo volar después, en dirección a su jefa, pasando este por encima de

la cabeza de la aprendiz que se agachaba con total naturalidad, demostrando así que había aprendido la primera lección. Evidentemente, el pollo era cazado al vuelo por las manos de la experta carnicera, que como si de un balón de rugby se tratara, lo dejaba caer con suavidad sobre la tarima (¡Touchdown!).

La clientela, además de a comprar carne, venía a convertirse en un improvisado y entregado público que arrancaba un estrepitoso aplauso, acompañado por gritos de admiración.

—Señoras, señoras... no se me alboroten, que este es un negocio serio...
—Y, antes de terminar la frase, arrancaba a reír escandalosamente.

PALOMITAS DE MAÍZ

Ángel y Marta se sentaron en la fila trece, asientos seis y ocho. Marta sacó sus gafas y guardó el bolso entre los dos butacones. Ángel jugueteaba con el teléfono móvil, mientras las luces aún iluminaban la sala. Los futuros espectadores pasaron por los diferentes pasillos de acceso y se acomodaban en los sitios que disponían sus *tickets*. Parejas de jóvenes y grupos de amigos predominaban entre los asistentes. Un chico larguirucho de cabello rizado tropezó con el codo de Marta. Se disculpó con un gesto suplicante en los párpados. Llevaba un cartón gigante de palomitas y una Coca-Cola. Se sentó en la fila diez, justo delante de ella.

—¿Has visto eso? —dijo Ángel, levantando la ceja derecha.

—¿Qué? —respondió ella.

—El tío de las palomitas —aclaró él, señalando con la barbilla levantada.

—¿Qué le pasa? —No entendió Marta.

—¿Cómo se puede venir al cine solo?

—¿Y por qué no?

—Es aburrido. ¿Con quién vas a comentar la película?

—Bueno, este tipo de películas no tienen gran cosa que comentar. Solo hay tiros y puñetazos.

—Tiene un buen argumento, ya lo verás. Además, se va a poner ciego de palomitas. ¡Arg! Se quedan restos entre los dientes y luego no hay quien los quite; aparte de que te inflas como un globo.

—Bueno, si a él le gusta, ¿qué más te da?

—Hacen un ruido espantoso y no te dejan oír nada.

—Sí, claro. Como si no estuviera suficientemente fuerte el volumen de la sala.

—Se te meten por todas partes y te las encuentras hasta en los calzoncillos.

Ángel la sacaba de quicio cuando se ponía a criticarlo todo. A veces, incluso lo odiaba por eso. «¿Qué más le dará lo que haga todo el mundo?»,

pensaba más veces de lo que admitía.

Bajaron la intensidad de las luces y se proyectaron las primeras imágenes. En pocos minutos, la sala quedó prácticamente en silencio y a oscuras, solo se iluminaban los rostros del público a través de la pantalla. Marta se levantó de su asiento y se colgó el bolso del hombro.

—¿Adónde vas? —preguntó Ángel, en voz baja.

—A comprar algo de beber, tengo sed —contestó ella.

Dio media vuelta y salió al *hall*. Se dirigió al quiosco y compró una Coca-Cola grande y un cubo gigante de palomitas. Volvió a la sala y bajó por el pasillo central hasta la fila diez.

—Disculpa, ¿está ocupado este asiento?

EL LLANTO DE UN VIOLÍN

La Filarmónica de San Petersburgo tocaba en el Auditorio Nacional de Moscú. Los dedos de Natasha fluían por las cuerdas del Stradivarius heredado de su abuelo, como el aleteo raso de las gaviotas sobre el mar. Con los ojos cerrados deslizaba el arco, más que con maestría, con devoción. El sonido de su solo invadió la estancia y penetró en los espectadores como una brisa conciliadora; tanto, que su fin dejó un mutismo suspendido durante unos segundos. El público hipnotizado resurgió de su trance con un estrepitoso aplauso que inundó la magia, allí de donde había salido.

Poco a poco, los músicos fueron dejando el escenario para desaparecer tras las bambalinas.

—¿Habéis visto qué emocionados estaban? —casi gritó Vladimir, la tuba.

—Sí, pensé que se habían quedado catatónicos —contestó Dimitry, el violoncelo.

—Ya deberíais estar acostumbrados a los solos de Natasha —soltó Karina, una de las violinistas, con un ímpetu que rozó la impertinencia.

—¿Por qué nunca te emocionas, *amiga* Karina? —interrumpió Natasha.

Los demás dejaron de comentar y siguieron hacia su camerino. Natasha siempre se quedaba la última, pegada a la ventana, viendo cómo los músicos desaparecían por las callejuelas junto a sus familias. Encendió un cigarrillo y lo fumó con parsimonia. Se fumó dos más, manteniendo la misma posición.

—Disculpe, Natasha. —El director del Auditorio asomó la cabeza por detrás de la puerta—. Vamos a cerrar.

—Sí, por supuesto —contestó ella, dándose la vuelta con lentitud. Anduvo hasta el perchero, junto a la puerta, cogió su abrigo y se lo puso. Alargó el brazo para recoger su instrumento. Los ojos se le helaron.

—¿Dónde está? —gritó.

—¿Dónde está qué? —preguntó el director.

—¡Mi violín! Estaba justo aquí; encima de esta silla —volvió a gritar, esta

vez con un tono más irritado.

Después de buscarlo por toda la sala, los pasillos, los lavabos, el escenario y cada uno de los rincones que componían el Auditorio, avisaron a la policía para denunciar su desaparición. Tras tomar declaración a los pocos que quedaban allí, la policía solicitó una lista de todos los músicos y sus familiares, pero, evidentemente, fue imposible identificar a todas las personas que asistieron aquella noche al concierto.

—Va a ser como buscar una aguja en un pajar, señora. Pero haremos todo lo que esté en nuestra mano —dijo uno de los agentes.

—No importa el tiempo que tarden, *necesito* mi violín. Como comprenderá —se dirigió al director—, no puedo tocar, por lo que mañana elegiré e informaré a quien me sustituirá hasta que encuentren mi violín —indicó sin perder la compostura.

Natasha llegó a su piso con las manos vacías. Se quitó el abrigo y lo tiró en el sofá. Se dejó caer sobre el butacón rojo que había frente a la ventana. Desde allí podía ver los tejados que iluminaba la luna. No miró ni una sola vez al rincón donde cada noche colocaba el Stradivarius. Fumó un cigarrillo detrás de otro, hasta que casi le explotó la cabeza. Dos lágrimas le humedecieron el mentón deformado por el cuerpo de su violín. Apretó los ojos intentando pararlas, pero solo consiguió quedarse dormida.

La luz del amanecer la encontró hecha un ovillo en la butaca. Abrió los ojos y esta vez sí contempló el rincón; seguía vacío. No había sido una pesadilla. Se puso en pie. Miró el reloj de la cocina que marcaba las siete y cuarto. Corrió hacia la única habitación del piso y por el camino se quitó el vestido. Se enfundó unos vaqueros y un jersey de cuello alto, zapatillas de deporte y una cazadora forrada.

La calle le abofeteó la cara con su helor. Sacó los guantes de los bolsillos de la chaqueta. Cruzó hasta la Gran Avenida y allí paró a un taxi. Veinticinco minutos más tarde, pagó y se apeó.

Un edificio blanco de corte moderno se elevaba ante sus pies. El conserje le facilitó la entrada abriendo la puerta. Subió en el ascensor hasta el quinto piso. Revisó el rellano para orientarse. En tres segundos la puerta A estaba ante sus ojos. Karina no era santo de su devoción, pero tenía claro que era la

única que podía sustituirla. Levantó el dedo índice para tocar el timbre, pero se detuvo.

De detrás de la puerta, percibió la melodía de un violín. No era uno cualquiera; era su Stradivarius. Se le formó un círculo en los labios y desplazó la mano para tapárselos. Las lágrimas volvieron a aflorar.

—¿Te gusta el nuevo violín de mamá? —se oyó decir desde dentro—. Te va a encantar Berlín, mamá tocará en una nueva orquesta, ¿sabes? —La música dejó de sonar—. Ya está bien por hoy, tienes que ir al colegio, no vas a perderte tu último día de clase, ¿verdad?

—No, mami —se oyó contestar a una voz infantil.

Natasha echó a correr escaleras abajo y se quedó frente al portal, escondida tras un buzón de correos.

La madre y el niño, de unos tres años, salieron de la mano. Caminaron calle arriba. En la verja de la escuela, se despidieron con un beso y no se alejó hasta que lo vio entrar en el edificio. Deshizo el trayecto hasta llegar al quinto A. Contempló el estuche abierto, acarició las cuerdas y finalmente lo tomó en sus manos. Sonó el teléfono y se sobresaltó.

—¿Sí? —contestó con el instrumento aún entre las manos.

—¿Karina? —contestó el auricular.

—Sí... —dijo tímidamente, al reconocer la voz.

—Tengo algo que te pertenece... —Y se oyó el llanto de un niño.

LA INCONTINENCIA VERBAL DE LAS COTORRAS

La señora Ana se movía de un lado a otro de la frutería. Colocaba las cajas de verdura, unas junto a otras con inmaculada armonía. La pirámide de tomates no dejaba un hueco por atender. Las coles, las judías, los cogollos... nada fuera de su lugar. En breve comenzaría el baile de clientela.

Mientras tanto, Lola, la cotorra, entonaba a silbidos la cantinela de San Fermín, desde la entrada de la tienda. Su plumaje multicolor hacía juego con las montañas de frutas y verduras; si no hubiera sido por su vistosa jaula, se podría haber confundido con un jugoso mango.

—Eh, Lola, ¿estás llamando la atención de nuestra clientela? Así me gusta, que mires por el negocio —dijo la señora Ana en tono burlón—. Ya sabes que para que pueda darte tu ración de fruta debemos hacer buena caja...

—Sí, sí... prrrriiii... lo mató, lo mató... —repetía Lola, una y otra vez, acompañado de estridentes chillidos.

—¿Qué dices, Lola? —Se extrañó la dueña—. Creo que miras demasiado la televisión, voy a tener que ajustarte el horario como a los niños.

Pronto llegaron las primeras clientas.

—Buenos días, Lola —saludaban al entrar.

—Hola, pase, hola, pase... —respondía la cotorra y lanzaba un beso al aire.

La frutera atendía las peticiones de sus clientas acompañada por las conversaciones habituales de una tienda pequeña de barrio, donde se conocían algunos detalles de la vida de los vecinos.

—Adela, ¿qué más quieres? Por cierto, hace semanas que no venías... ¿Te pongo unas fresas para tu marido? ¿Cómo que no te acompaña hoy? Dale recuerdos... —La verborrea de la señora Ana podía ser incluso más atropellada que la de su mascota. Se quedó esperando una respuesta durante unos instantes.

—Ha muerto —soltó de pronto la clienta.

De repente, el ambiente de la tienda se tornó silencioso.

—Pero... ¿cómo? —consiguió articular la señora Ana, sin dejar de pestañear de forma incontrolada.

—Lo mató, lo mató, lo mató... prrrrrriiiii —gritaba Lola sin parar.

Todas las vecinas se volvieron para mirar a la cotorra, pasando luego la vista hacia Adela y así repetidamente. Lola, Adela, Adela... Lola, que no dejaba de chillar.

—¡Cállate, Lola! ¡Cállate! —empezó a gritar la dueña, elevando su tono más que el de su mascota y aireando los brazos enérgicamente. Cuando se calmó, se volvió para mirar a la vecina, que no se había movido ni un centímetro—. Se pasa el día viendo la tele y no deja de repetir lo que oye — se disculpó sonrojada.

—Ya... —pudo contestar Adela, petrificada y con la mirada perdida.

—Las cotorras padecen incontinencia verbal —volvió a disculparse la frutera.

Adela pagó y recogió su compra sin decir una palabra más.

—Y siento mucho la muerte de tu marido —consiguió decir la frutera mientras Adela se marchaba.

La vecina, se perdió entre el gentío de la plaza. Caminó hacia su casa, frente al balcón de la señora Ana, donde Lola dormía cada noche...

LAS MUJERES DE MI FAMILIA

Cuando tenía diez años descubrí cuál iba a ser mi futuro. A finales de junio de dos mil, agarré una gripe que me dejó sin ir al colegio durante quince días. Mi madre y yo vivíamos en casa de mi abuela, desde que mi padre desapareció tres años antes, el día de mi cumpleaños; así que mi abuela se encargaba de mí, mientras mi madre iba a trabajar. Ella era viuda desde hacía más de veinte años; el abuelo se suicidó cuando mi madre cumplió los siete.

La fiebre me hizo pasar seis días con sus noches metida en la cama. El séptimo día me levanté un poco aturdida aún; y con unas ganas terribles de comer crepes, bajé a la cocina.

—Buenos días, cielo. Ya te encuentras mejor, ¿verdad? —Mi abuela me guiñó un ojo y dejó un plato con dos crepes bañadas en chocolate caliente delante de mí, sobre la mesa.

—Sí, pero estoy un poco mareada —respondí un tanto sorprendida, aunque mi abuela siempre sabía lo que me gustaba; las abuelas siempre lo saben—. ¿No está mamá? —pregunté con la boca llena.

—No, ha tenido que salir de viaje por trabajo, pero volverá mañana —respondió mi abuela, sentándose a la mesa con otra ración como la mía.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—¿Y ha tenido que ir a trabajar en sábado?

—Sí, algo urgente, pero no te preocupes.

Después del succulento desayuno, subí a ducharme. Tantos días de fiebre me habían dejado la piel avinagrada de sudar y el pelo pegado al cuero cabelludo. El agua tibia pareció llevarse los restos de mi enfermedad y me sentí mucho mejor.

—Ya que hoy no necesitas tanto mi ayuda, voy a salir a comprar unas cosas al supermercado. No salgas a la calle, estás un poco débil aún — explicó mi abuela, mientras me vestía en el cuarto de baño. Me besó la frente

y se marchó.

Me sequé el pelo y metí la ropa sucia en el cesto. Fui a mi cuarto y mi abuela había cambiado las sábanas de mi cama. Me senté en el escritorio. Revolví los cuadernos y los libros de la escuela, pero no tenía ganas de hacer deberes, y menos de matemáticas. Apoyé la mejilla sobre las manos y miré por la ventana. Vi a Lola, la vecina de al lado, sacudiendo una alfombra por la ventana del desván. Di un salto y me puse en pie. ¡El desván, claro! Podía subir y cotillear un rato las antiguallas de mi abuela. A ella no le gustaba que subiera, pero tendría, por lo menos, un par de horas antes de que regresara; cuando iba al supermercado siempre se entretenía vagando por todos los pasillos y cargaba el carrito más de la cuenta. Fui a su habitación; la llave estaba en su joyero, se la vi dejar allí un día que bajaba de guardar la ropa de mi padre. Eché a correr escaleras arriba, metí la llave y la giré. La puerta se abrió.

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando crucé el marco de la puerta; me había imaginado un millón de veces allí dentro. Siempre había pensado que todo estaría desordenado, lleno de muebles con telarañas y recuerdos empolvados. Pero todo estaba perfectamente en orden y pulcro, aunque la estancia vestía un aspecto más antiguo que el resto de la casa. Había una gran alfombra cuadrada en tonos verdes y granates con diferentes formas geométricas en el centro, sobre las lamas de madera gastada. Una enorme lámpara en forma de araña de hierro forjado y con un candelabro en cada una de sus ocho patas, dominaba desde las alturas. Bajo la ventana, había un escritorio de madera oscura pulida, al que le faltaba el cajón izquierdo, había unas muecas alrededor del hueco, como si lo hubieran sacado a la fuerza. Un uniforme militar al completo reposaba sobre un maniquí y un pañuelo rojo sobresalía del bolsillo de la camisa; el rifle colgaba del hombro derecho. Una caja roja con detalles plateados, de las que utilizan los magos para hacer desaparecer a los espectadores que se prestaban a ello. Una cabeza de jabalí disecada colgaba de la pared y, bajo ella, una vitrina exponía una escopeta de caza de doble cañón. Un poco más a la derecha, había otra vitrina, esta mucho más grande, con cinco estantes repletos de trofeos y medallas. Me acerqué poco a poco, en muchas de ellas ponía el nombre de mi padre. Eran todos los

trunfos que había conseguido a lo largo de su vida en el atletismo. Apoyé las manos sobre el vidrio y las miré detenidamente. Se me hizo un nudo en la garganta, ¿adónde demonios se habría marchado?

Me di la vuelta y miré de nuevo todos los objetos que allí se encontraban. Recordé que una vez había escuchado —a hurtadillas— a mi abuela y a mi madre hablar acerca de las actuaciones de magia que mis bisabuelos representaban cada noche en un teatro del Paralelo de Barcelona, en los años cincuenta. ¡Claro! La cabeza de jabalí y la escopeta eran de mi abuelo, el cazador. La caja roja era de mi bisabuelo, el mago. El uniforme era de mi tatarabuelo, el soldado. El escritorio era del padre de mi tatarabuela, el poeta. Todos los hombres de nuestra familia habían desaparecido o muerto en circunstancias extrañas. Si a eso añadíamos que todas las mujeres de mi familia habíamos nacido en siete de julio, las coincidencias eran demasiado evidentes como para pasar por meras casualidades.

Oí el coche de mi abuela entrar en el garaje y salí corriendo de allí. Cerré la puerta y corrí hasta su habitación para dejar la llave en su sitio. Luego bajé a la cocina para ayudarla a colocar la compra. No recuerdo demasiado bien la conversación que tuvimos porque yo no podía dejar de pensar en mi visita al desván y las elucubraciones que me había provocado.

Esa noche me fui a dormir antes, alegando que estaba débil aún por la gripe y me metí en la cama sin dejar de darle vueltas al asunto. Cogí una libreta y un bolígrafo y fui apuntando:

Tatarabuela Isabelina, siete de julio de mil novecientos diez. Bisabuela Isabel, siete de julio de mil novecientos treinta. Abuela Isabella, siete de julio de mil novecientos cincuenta. Mamá Elisabet, siete de julio de mil novecientos setenta. Yo, Elisabetta, siete de julio de mil novecientos noventa.

Oí voces que provenían del piso inferior. Me acerqué a la puerta. Era la voz de mi madre, había vuelto. Pero no estaban solas. Las otras dos voces me eran familiares, pero no alcancé a identificarlas. Me acosté de nuevo, porque supuse que mi madre vendría a ver cómo me encontraba. Y efectivamente, en pocos minutos, abrió la puerta con cuidado. Me hice la dormida. Me colocó las sábanas y me tocó la frente, me besó en la mejilla y se marchó del mismo

modo.

Cuando oí que había vuelto abajo, me aproximé a la puerta nuevamente y la abrí unos centímetros. No conseguía escuchar claramente, así que salí de mi escondrijo y me agaché en la barandilla de la escalera. Desde allí, incluso, pude verlas. Mi madre y mi abuela estaban de espaldas, sentadas en los butacones del salón. Frente a ellas, en el sofá, estaban... ¡mi tatarabuela y mi bisabuela! No las había vuelto a ver desde mi séptimo cumpleaños, aunque hablaba con ellas a menudo por teléfono. De pronto, el corazón me dio un vuelco. Mirando a aquellas cuatro mujeres juntas, me pareció ver a la misma persona en cuatro posiciones distintas en el tiempo. Las cuatro tenían el mismo color gris de ojos; el mío. El pelo liso, por encima de los hombros, la mitad recogido con una goma. La misma nariz respingona y los dedos largos de las manos. Me acaricié la nariz y me miré los dedos...

—No creo que pase de esta noche. —Oí decir a mi abuela.

—No, vuelve a tener fiebre —confirmó mi madre.

Instintivamente me toqué la frente, estaba ardiendo. Con la emoción no me había dado ni cuenta.

—Bueno, habrá que estar preparadas. ¿Tienes listo el desván? —dijo mi bisabuela.

Mi abuela asintió con la cabeza.

—Pues vamos allá —dijo mi tatarabuela y se levantó ayudada por un báculo con el mango de cristal. En la otra mano llevaba un libro grueso de tapas desgastadas de cuero negro que entregó a mi madre—. Es tu turno, es tu hija.

Se me abrieron los ojos como platos y salí pitando hacia mi habitación, cerré la puerta y me tapé con la sábana por encima de la cabeza. Oí cómo subían las escaleras. Aguanté la respiración. Escuché los pasos acercarse a mi puerta... y pasar de largo. Las pisadas siguieron por las escaleras hacia el piso superior. Volví a coger aire. Recuperé la libreta y miré de nuevo las fechas. La desaparición o muerte de los padres se había producido cuando las niñas cumplimos siete años. Sentí que la cabeza me daba vueltas y empecé a sentirme peor. Me desmayé a causa de la fiebre.

En aquel estado, recuerdo a mi madre cogermé en brazos y llevarme en

volandas. Me tumbaron sobre una alfombra que creí reconocer, a mi alrededor ardían cinco velas y mi tatarabuela estaba junto a mí, cogiéndome la mano. Escuché a mi madre decir algo que no entendí por encima del libro abierto. Mi *tata* me besó la frente. Todo se movía despacio.

No recuerdo nada de lo que sucedió aquella noche con demasiada claridad. Pero al día siguiente me sentí mucho mejor y no me apené cuando me dijeron que mi tatarabuela había muerto. Ella seguía conmigo, y a partir de aquel momento soñé con ella y los versos que su padre le recitaba cada atardecer.

Han pasado diez años desde entonces; mi hija Isabelina nacerá el próximo siete de julio y su padre... es poeta.

LECCIONES

—Papá, quiero ser monja.

—¿Monja, has dicho?

—Sí.

—¿Te has vuelto loca? ¿O es que cocino tan mal que no te ha sentado bien la cena?

—No, papá. Simplemente, he decidido lo que quiero hacer en la vida.

—Si tu madre levantara la cabeza, me pegaría una bronca de narices. Y con razón.

—¿Por qué dices eso? Mi decisión no tiene nada que ver contigo. Estoy contenta, eres un padre estupendo.

—Sí, claro. Pero a monja no te metes, como que me llamo Alfonso.

—Pero, papá, eso es cosa mía. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—¡Por encima de mi cadáver!

—¿Quieres morir?

—¡Vaya, nos ha salido graciosa la niña! ¿Te llamarán Sor *Chiquita*?

—Es mi decisión y mi vida.

—¿No preferirías estudiar una carrera, tener un trabajo, casarte con un buen hombre y tener hijos? Como hace todo el mundo.

—Me casaré con Dios, papá.

—¡Lo que faltaba! Dios no existe, hija. Te lo he dicho miles de veces.

—¿Cómo sabes que no existe?

—Porque nadie lo ha visto y nadie sabe de él. Y tú, ¿por qué estás convencida de que existe?

—Su historia, obra y milagros está escrita y difundida desde hace miles de años.

—Harry Potter, ese sí que ha hecho milagros, ¡qué bien me cae ese chico! Estoy esperando a que alguien me lo presente...

—Papá, no seas ridículo. ¿Quién más podría haber creado el Universo tan perfecto?

—¿Has oído hablar de la Ciencia?

—Los científicos solo han descubierto la obra de Dios. Hasta Hawking cree en Su existencia.

—Es una forma de hablar, tan solo quiere decir que nuestra mente no da para más. ¡Bastante han descubierto sin salir del planeta!

—Nos estamos yendo del tema, papá.

—Bien, en eso tienes razón. Pero de monja, nada. Y menos, casarte con Dios.

—Ya estás otra vez. ¿Qué mejor yerno que ese? Es todo bondad, cuida de nosotros y castiga a los pecadores.

—Supongamos que es así. Ni siquiera le pagan por ello. ¿De qué *vais* a vivir?

—De las donaciones de la buena gente. No se necesita mucho.

—Eso mismo te responderé cuando me pidas la paga semanal.

—Papá, estoy hablando en serio.

—Y yo, hija, y yo.

—No quería sacar este tema, pero no me dejas elección. Tú dices que no crees en Dios, pero piensas que te arrebató a mamá y por eso estás enfadado con Él.

—No es cierto. Somos frágiles y cualquier cosa nos mata, nadie tiene la culpa.

—No entiendo por qué te opones. Si te hubiera dicho que quiero ser asesina en serie o ladrona de bancos, lo entendería.

—Al menos tendrías sangre en las venas. Pero una monja...

—Tú siempre te quejas de lo cansado que estás de trabajar y que estás deseando jubilarte para poder hacer lo que te apetezca, ¿es eso lo que quieres para mí?

—¿Me traerás roscos de Santa Teresa cuando vengas de visita?

MIS BOTAS HABLAN

Mi madre me llevaba de la mano a entreno. Yo no quería ir porque mis botas de fútbol eran un asco. Pedí por mi cumpleaños las Adidas azules como las de Messi, pero mi padre dijo que eran demasiado caras. Y me llevaron al bazar y me compraron unas negras, con rayas blancas. «Son igualitas que las Adidas, mira tienen las tres rayas», dijo mi madre. Y a mí me dieron ganas de tirar las botas al suelo y pisotearlas. «No son azules», grité, y no sé por qué empecé a llorar. Mi madre no entendía nada. Las imitaciones son un asco, nadie quiere las de imitación. ¡Jo!

Iba arrastrando los pies y pegando patadas a todas las piedras que encontraba por el camino. Vi un charco y metí los dos pies. Si se llenaban de barro, quizá no se notaba tanto que eran falsas.

—¡Eh! Ten cuidado. —Oí una voz chillona, pero no supe de dónde procedía.

Miré a todas partes, pero no vi nada. Seguí con lo mío, mirando al suelo.

—Te estamos hablando a ti, enano —volvió a sonar otra voz.

Volví a mirar. No vi nada, otra vez. Miré mis botas para ver si estaban lo bastante sucias. Nada. Se darían cuenta, seguro. De pronto vi cómo los dos agujeros de arriba de las botas se movían. ¿O era yo al andar? Dejé de caminar deprisa. Mi madre tiró de mi brazo.

—Vamos, Marcos, hijo. No tengo toda la tarde.

—Voy —dije sin dejar de mirarme los pies.

¡Sí! Los agujeros se movían como dos ojos de pez.

—Sí, tú. Deja de darnos porrazos. —La punta de la bota izquierda se abrió en forma de boca.

—Somos nuevas y ya estamos hechas un asco. —A la bota derecha se le movió otra boca.

Levanté la cabeza hacia mi madre. Ella seguía mirando al frente, con el bolso colgado del hombro y respirando por la boca. No parecía haber oído

nada.

—No nos oye. Solo puede oírnos quien nos lleva puestas —dijo la chillona de la derecha.

¿Me estaban hablando las botas de fútbol? No podía ser. ¿Las botas de fútbol hablan?

—Solo nosotras hablamos —gritó la ronca izquierda.

—Bueno, solo las de nuestra fábrica. Nos fabrican en un lugar especial de la punta de Argentina.

—¡Argentina! Donde nació mi jugador favorito —grité.

—¿Qué dices, hijo? —preguntó mi madre.

—No hablo contigo, mamá. Hablo con mis botas —expliqué.

Mi madre me miró y puso la misma cara que cuando me dice que estoy *empanado*, pero esa vez no me lo dijo.

—¿Y sabéis jugar al fútbol? —les pregunté a mis pies, en voz baja.

—Pues claro, ¿qué crees que somos, unas pantuflas con forma de perro? —dijo la izquierda.

—Somos botas de fútbol y jugamos al fútbol —aclaró la derecha.

Sonreí y anduve más rápido. Quería llegar al campo y probarlas.

—Hasta luego, mamá. —Me solté de su mano y entré corriendo al césped.

Aún no habían llegado todos mis compañeros de equipo. Cogí una pelota del cesto y eché unos tiros a puerta, hice unos regates y hasta una chilena. ¡Uau! Sí que eran unas botas de fútbol súper buenas. Yo no jugaba mal del todo. El entrenador decía que me faltaba potencia, que mis piernas eran muy flacas. Pero estas botas eran la bomba.

Fue el mejor entrenamiento que había hecho nunca. Mis botas y yo no dejamos de hablar todo el tiempo. Mis compañeros me miraban a veces, con caras raras, pero a mí me daba igual, porque marqué cinco goles en el partido que siempre hacemos al final del entrenamiento.

—Marcos, este año estás que te sales. Veo que has practicado durante el verano —me felicitó el entrenador.

Cuando volví a casa, me quité las botas. Descubrí que solo podían hablar cuando estaban en mis pies. Así que le dije a mi madre que me diera un trapo y el líquido que ella usaba para limpiar los zapatos de papá. Las limpié y las

metí en su caja para que durmieran. Ese año iba a ser el mejor para nuestro equipo. Si les decía a todos que se compraran esas botas, seríamos campeones de liga, seguro.

NOTICIAS DE PABLO

Llegué a la oficina, como siempre, con la hora pegada al trasero. Aparqué el coche en el último hueco del recinto empresarial. Entré y recogí el correo que había en mi bandeja. Marta, la recepcionista, no había llegado todavía —era más impuntual que yo, ¡increíble!—. Subí las escaleras hasta el despacho, estaba vacío, oscuro y helado. Puse la calefacción. Me quité el abrigo y lo colgué junto con el bolso en la percha de la entrada. Arranqué el ordenador y mientras esperaba para poder usarlo, revisé la correspondencia y miré la agenda para gestionarme el trabajo. Abrí el correo electrónico y... el corazón me dio un golpe seco en el pecho... luego arrancó a un ritmo delirante. Un e-mail de Pablo. Si no me tranquilizaba, ni siquiera podría leerlo. Respiré hondo con el dedo índice levantado sobre el ratón, hice doble clic.

Hola, sé que no hablamos desde hace meses, pero necesito contarte algo importante. Dime si podemos vernos, aunque si no quieres... lo entenderé.

Aún recordaba el tacto de las sábanas sobre nuestros cuerpos desnudos. El cosquilleo de sus dedos sobre mi pálida piel. Su delicioso aroma. Las confesiones, las risas, los bocadillos de beicon... Aquellas habitaciones de hotel tan impersonales, se convirtieron en nuestro refugio, nuestro universo paralelo. Todavía lo recordaba, aun habiendo pasado casi un año desde que reuní el valor suficiente para dejarlo. No era posible vivir así.

El día transcurrió de lo más lánguido. Además, no podía concentrarme en nada, solo podía pensar en Pablo. ¿Qué querría decirme? Hacía más de seis meses que no hablábamos, desde que nos encontramos en el tren y yo iba de la mano con un ligue de quita y pon. Supongo que pensó que éramos pareja y no me escribió ni llamó más, y yo no hice nada por cambiarlo. Así era más fácil; el contacto con él no me dejaba seguir adelante.

A las seis de la tarde salí a toda prisa del despacho y me dirigí al parque, donde tantas veces habíamos quedado. Aparqué en la parte trasera. Me detuve un momento ante los barrotes de hierro. Otra vez ese cosquilleo en el

estómago y el pulso retumbándome en los oídos. Cerré los ojos e intenté tranquilizarme, no funcionaba. Traspasé la verja y avancé lentamente por el pasillo de cipreses alumbrado por la tenue luz de las farolas. Se abrió a la derecha el espacio de la fuente rodeada por bancos de piedra. Me asomé tímidamente. Allí estaba, de pie junto a nuestro banco. Con traje azul marino de corte moderno, camisa de rayas finísimas y la corbata morada que yo le regalé hacía tanto tiempo... El abrigo hasta las rodillas con las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Pelo alborotado. Caminaba de un lado a otro. Estaba oscuro, solo las luces de la fuente iluminaban su esbelta silueta, que habría reconocido en cualquier parte del mundo. Salí de mi escondite.

—Hola, Pablo —me tembló la voz.

Él se detuvo y me miró.

—Hola, Lucía, ¿qué tal estás? —saludó en un susurro. Yo no fui capaz de decir nada. Se dirigió hacia mí y me cogió por los brazos. Sus ojos no dejaban de observarme—. Te he echado tanto de menos. —Me besó en la frente—. Sentémonos. —Y se dirigió al banco de mármol, yo le seguí—. Quizá sea demasiado tarde— empezó—, pero no podía dejar de contártelo...

—¿De qué estás hablando, Pablo? No entiendo, ¿qué ocurre? —Estaba demasiado nerviosa. Hurgué en mi bolso hasta que encontré un paquete de cigarrillos medio vacío, lo llevaba solo para emergencias, y esta lo era. Lo encendí y tragué el humo hasta lo más profundo de mis pulmones.

—Me he divorciado —soltó a bocajarro.

—¿Que qué? —Solo pude decir.

—Me he divorciado. La situación era insostenible y yo no podía dejar de pensar en ti. Además, ella sí tuvo el valor de dejarme...

—¿Cuánto hace de eso?

—Poco menos de seis meses. La verdad es que he estado tentado de llamarte tantas veces...

—¿Y por qué no lo has hecho?

—No quería molestarte. Sé que estás mejor sin hablar conmigo, olvidas antes.

—Tienes razón. He estado mejor desde que no he tenido noticias tuyas.

—¿Sales con alguien?

—Lo dices por el tío del tren, ¿no?

—Sí, esa es otra de las razones por las que no te he llamado. Pensé que...
Tiré el cigarrillo al suelo y lo pisé. Tuve que encender otro.

—Así que nos han metido un triple en el último segundo. —Cambié de tema.

—Sí —confirmó—. Además, tenías razón. Los niños se lo tomaron mal al principio, pero han entendido perfectamente que las cosas cambian y que no tienen por qué ser para siempre. Yo me equivocaba, son más maduros de lo que creía. Debí hacerlo hace tiempo... nos habríamos evitado tanto dolor...

Nos quedamos callados. Yo miraba mis manos temblorosas, mientras él me acarició la mejilla con la punta del dedo y colocó mis rizos detrás de la oreja. Me estremecí. Acabé el cigarrillo y busqué en mi bolso, esta vez un chicle, no era cuestión de fumarme el resto del paquete, probablemente lo necesitaría más tarde, mientras pensaba en todo aquello.

—Necesito saber si aún me quieres y si podemos empezar de nuevo —sentenció Pablo, rompiendo aquel profundo mutismo.

Lo miré a los ojos y me perdí en ellos, como tantas veces había hecho durante los últimos diez años.

—¿Tú qué crees?

PRIMERA PLANA

Lunes, 26 de abril de 2010

Ha vuelto a ocurrir. Hacía tiempo desde la última vez. Demasiado. Me excita de un modo casi doloroso, y ya no hay marcha atrás.

Martes, 27 de abril de 2010

He ido al mismo restaurante de ayer. Allí estaba ella nuevamente. Disfrutando de una comida en solitario, en la mesa del rincón. No lleva anillo de casada. Pero no sé si vive con alguien.

Miércoles, 28 de abril de 2010

Hoy la he seguido después de comer. He esperado tres horas, sentado bajo un árbol, a que saliera del edificio Laporta. He cogido el mismo tranvía hasta la Plaza Francesc Macià. He ido tras ella por Josep Tarradellas hasta la esquina con Avenida de Sarrià. He visto, a través de la puerta de cristal, cómo recogía el correo del buzón y saludaba al portero. Cuando ha desaparecido en el ascensor, he entrado. «Ana Riera – 5º 4ª».

Jueves, 29 de abril de 2010

No puedo pasar sin verla a diario. No cuando ya me he decidido.

Viernes, 30 de abril de 2010

Pensar en la estrategia es el mejor estímulo. Sentir cómo los engranajes de mi cerebro se ponen en marcha es fascinante. Me ha costado todo el día decidir la forma de hacerlo. Usaré mi traje gris, corbata granate, bigote y gafas. Todo el mundo confía en un hombre vestido de forma impoluta.

Domingo, 2 de mayo de 2010

Ayer estuve ocupado, no pude escribir. He pasado la noche fuera, en el piso de Ana. Sus ojos no han dejado de mirarme, ni siquiera cuando he salido muy temprano. Mañana compraré el periódico; espero encontrar referencias a nuestro encuentro. Es un subidón egocéntrico con el que disfruto, al ver mi trabajo en primera plana. Será la décima.

Y quedo a la espera de la próxima fuente de inspiración.

UNA VIDA EN LILA

La cerradura chirrió al contacto con la llave, y ella se levantó del suelo apagando de un soplido las tres velas lilas. Su marido apareció tras la puerta con una sonrisa en los labios, cargaba una caja de un intenso y brillante color lila a juego con un lazo de celofán. Ella tan solo pudo devolverle una mueca. Él se acercó y le besó la frente.

—Felicidades, amor. Hoy es nuestro aniversario y te he comprado un regalo. —Siguió sonriendo.

—Felicidades para ti también. Y gracias por el regalo —musitó ella.

—Ábrelo. —Le extendió el paquete.

Ella lo cogió con cuidado. Se sentó lentamente sobre el sofá sin quitar los ojos de la caja. Tenía el mismo tamaño, la forma y el color que los regalos de años anteriores. Levantó la tapa y apartó el papel...

—¿Te gusta? Estarás tan hermosa; hace juego con tu piel. Como sé que te gusta tanto el lila... —Sacó el vestido de gasa y lo extendió frente a ella.

—Sí, es precioso. Gracias. —Sonrió levemente sin dejar de mirar el largo vestido. Él se lo ofreció, y ella se dirigió a la habitación. Sacó una percha y lo colgó junto a los otros doce vestidos iguales.

—Esta noche podríamos cenar en el jardín. ¿Qué te parece? —sugirió él, abrazándola sobre los hombros y besándole el pelo.

—Sí, claro. Como tú quieras —contestó sin responder al abrazo.

—Bien. Nos vemos esta noche. Ahora he quedado con un cliente para comer. Solo me he escapado para traerte el regalo. Me gustaría que esta noche te pusieras el vestido y prepararas algo especial para cenar. No volveré tarde. —Volvió a besarla y salió de la habitación y de la casa.

Ella se quedó allí inmóvil, mirando el interior del armario. Lo cerró. Volvió a encender las velas lilas que el tocador sostenía y se sentó en el suelo, frente al espejo, con las piernas cruzadas y los brazos sobre ellas. Cerró los párpados. Y tras respirar profundamente durante una hora, los volvió a abrir y

se miró fijamente a los ojos lilas.

—Ha llegado la hora —le dijo a su reflejo.

Entró en la cocina y decidió cocinar un asado con salsa de moras. Aquel condimento de color lila daría un toque muy especial a la cena que su marido le había sugerido preparar. Estuvo pendiente del horno durante varias horas para que la carne quedara suave y melosa. Añadiendo el agua lila donde habían hervido las moras, le dio un color delicado y brillante. Mezcló los ingredientes de la salsa y la dejó reposar.

Se desnudó y dejó caer el chándal sobre la cama, que se confundió con el edredón lila. Se metió en la ducha y se enjabonó con la esponja lila. Se secó con la toalla del mismo color y se la enredó en el pelo. Abrió mecánicamente el armario y descolgó el vestido que su marido le acababa de regalar. Se metió en él y se miró en el espejo. Él tenía razón, hacía juego con su piel colmada de moretones, con los más recientes y con los más antiguos, el lila y el amarillo siempre han combinado bien. Se acercó al tocador y se maquilló los ojos vacíos, sin intentar disimular el cardenal de la noche anterior.

Salió al jardín, descalza, le gustaba sentir el frescor del césped bajo sus pies. Colocó la mesa de madera frente a la ventana frontal. De la cocina al patio iba llevando los utensilios que dejaron la mesa preparada para dos comensales. Cuando creyó que todo estaba correctamente colocado, encendió nuevamente las velas y se sentó frente a ellas con los ojos cerrados. Así estuvo hasta que oyó la puerta del garaje abrirse y el ronroneo del coche de su marido.

—Voy a darme una ducha rápida y cenamos, amor —dijo él cuando ella lo recibió en la puerta.

—Bien, cuando salgas todo estará preparado —explicó ella.

Mientras el agua de la ducha corría cañerías abajo, ella acabó de darle los toques al asado y a la salsa con la que decoró la carne recién sacada del horno. Preparó una cubitera con hielo y metió una botella de champán que dejó junto a la mesa.

Cuando su marido se acomodó en su silla, ella salió con la bandeja del asado en las manos. Lo dejó sobre la mesa y cogió el cuchillo para cortar la carne que había quedado completamente cubierta por la salsa morada. La

carne se abrió como algodón bajo la hoja y esta apareció de un color morado más tenue.

—Qué color tan raro. ¿Qué es? —preguntó el marido con cara de pocos amigos.

—Moras. Sé que te encantan —apuntó ella.

—Ah, moras. Veamos entonces... —Y se llevó a la boca un pedazo de carne embadurnado de salsa. Por el camino, una gota lila cayó sobre su camisa azul—. Mierda, ya me he manchado. Trae algo para limpiarme —le dijo a su esposa.

Ella se quedó quieta, de pie, junto a él. Miró la mancha fijamente porque esta no dejaba de crecer en el pecho de su marido, dejando a su paso la estampa de su color morado.

—¿Qué es esto? —gritaba el marido, intentando levantarse de la silla sin conseguirlo. Se daba manotazos sobre el esternón, intentando deshacerse de aquel borrón que lo invadía. Miraba a su mujer sin saber qué ocurría. Ella se mantuvo firme, a varios pasos de él, viendo la escena.

En cuestión de segundos, el lila invadió la garganta del marido que dejó de gritar en ese instante. Se arrastró por brazos y piernas, que dejaron de agitarse, quedándose inmóvil en cuanto la mancha alcanzaba cada rincón del cuerpo. Los labios se le quebraron y los ojos se cristalizaron. Quedó allí la estatua de un hombre en amatista penetrante, sentado a la mesa.

La esposa dejó el cuchillo, que aún sujetaba, sobre la mesa, junto al asado. Se acercó a él despacio y con la punta del dedo índice le tocó la frente. Helada. Volvió a tocar, una y otra vez. El mismo resultado. Congelado. Se retiró unos pasos y... sonrió.

PIES PLANOS

Irene recorría el camino con la cabeza gacha. No podía evitar mirarse las nuevas botas que oprimían sus pies. Otra razón para que en el colegio se burlaran de ella. Las gafas fue lo primero, un problema de estrabismo, y le plantaron un parche bajo el cristal; la Pirata cegata, la llamaron. Dos años más tarde, la escoliosis la obligó a vestir un corsé de plástico y metal que le supuso el mote de Robocop. Y ahora aquello. Botas ortopédicas, los pies planos. ¡Lo que faltaba! ¿Qué demonios se inventarían esta vez? Sería la persona con más apodos del colegio entero.

—Bien, cariño. Ya hemos llegado —dijo la madre, agachándose a su altura—. No te preocupes, nadie se dará cuenta. Y de todos modos, ¿qué importa lo que digan? Todo esto es pasajero. En unos años todo habrá acabado y estarás curada. Ya verás. —La besó en la frente y la abrazó.

La niña ni se inmutó. Ya conocía el argumento de memoria. Miraba a su madre y veía sus ojos suplicantes, en cierto modo tenía razón; pero pasar día tras día en aquella jaula se le hacía cada vez más difícil. Traspasó la verja arrastrando los pies, con las manos en las asas de la mochila que pendía de sus hombros y se colocó en la fila de su curso, como todas las mañanas.

El suelo estaba lleno de mochilas en hilera. Los compañeros dejaban allí sus pertenencias y seguían jugando hasta la hora de entrar. Irene era la única que se quedaba en la cola, nunca jugaba con nadie, ni siquiera ningún compañero se le acercaba para hablar. Allí estaba, intentando ocultar sus pies bajo la última cartera.

—¿Qué clase de zapatos son esos? —gritó alguien tras ella—. Deja que los vea, estúpida —volvió a gritar la misma voz.

Irene estrujó las asas bajo sus manos y apretó la mandíbula. Se dio la vuelta, y allí estaba Sergio. El chaval más popular de la escuela, el más rubio, el que se las llevaba de calle, el más envidiado. Y para Irene, el más peligroso. Siempre sabía cómo herirla.

—¿Por qué llevas esas botas tan feas? —preguntó, ya rodeado por toda la clase. Irene no contestó, solo lo miraba fijamente por encima de las gafas, con el ojo bueno inyectado en sangre—. ¿No contestas, idiota?

—Tengo los pies planos —respondió la niña, casi sin despegar los dientes.

—Pero ¿qué clase de monstruo eres, niñata? Si llevas todo eso con ocho años, no quiero saber cómo estarás con quince. No podremos ni mirarte a la cara... —Y toda la clase rio con él.

Irene sintió un calor desmesurado en las mejillas, los ojos se le humedecieron y empezaron a temblarle las manos. De repente, y mientras todos se reían, avanzó firmemente los cinco pasos que la separaban del grupo y arremetió a patadas contra las espinillas de Sergio. Este cayó al suelo con las manos en las piernas y gritándole que parara. Ella no lo escuchaba y siguió dándole golpes con un ímpetu casi salvaje. Los demás compañeros se alejaron y también le gritaban que se detuviera. Finalmente, uno de los colegas del agredido se acercó a ella por detrás y la rodeó con los brazos, separándola. Cuando se dio cuenta de que se alejaba y que todos la estaban mirando, se revolvió como una culebra para deshacerse del estrujón. El niño la soltó y ella echó a correr hacia la zona de recreo.

Atravesó las pistas de fútbol, subió las gradas, dejó caer la mochila contra la pared trasera del gimnasio y se sentó sobre ella. Desabrochó las botas, se las sacó y las tiró a varios metros. Se quitó las gafas y se arrancó el parche; estaba húmedo. Oyó el timbre que indicaba que debían entrar en clase, pero se quedó allí, apoyada contra los tochos blancos. Las lágrimas no pararían, ya no. Seguramente, la profesora vendría a buscarla cuando le contaran lo que había ocurrido, o quizá llamaran a su madre para que la viniera a recoger. Con suerte, la expulsarían por un tiempo.

Elucubrando bajo los primeros rayos de sol estaba, cuando oyó una voz:

—Oye, Irene...

Ella volvió la cabeza y vio a Sergio de pie.

—¿Qué quieres? Lárgate de aquí —contestó con un tono enfadado que incluso la sorprendió.

El niño recogió las botas del suelo y se las puso delante. Se sentó junto a

ella.

—¿Dónde puedo conseguir unas? Quiero patearle el culo a mi hermano mayor.

UN HOMBRE MUERE DESANGRADO

El cadáver fue encontrado por su mujer, cuando regresó de un viaje de negocios.

Al amanecer, la mujer encontró el cuerpo del marido, atado de pies y manos con cuerdas a la cama, cual Hombre de Vitruvio. Según ha informado la policía, la víctima estaba totalmente desnuda bañada por un charco de sangre; consecuencia de la amputación de su miembro viril, y el posterior desplante a la cita. El pene se encontró en posición eréctil sobre la mesilla de noche. Al parecer, le fue seccionado en el momento álgido de la eyaculación, y abandonado a su suerte, mientras su patrón se quedaba *seco* sobre las sábanas de seda.

Según las declaraciones de la esposa, el hombre no tenía empleo y se dedicaba a las tareas del hogar, mientras ella dirigía el Departamento de Ingeniería Aeronáutica de la NASA en España, pasando la mayor parte del tiempo viajando a EUA. «Por lo que he podido ver, es posible que se haya buscado otra ocupación. Yo también lo habría hecho, planchar es muy aburrido y además te destroza las cervicales», explicó la mujer con los ojos llenos de lágrimas.

Los vecinos no han sido de gran ayuda para la investigación, ya que esa noche se celebraba la famosa orgía del solsticio de verano, dos calles más arriba, en la que participaba toda la urbanización, y «no estábamos para atender milongas», declaró el dueño del picadero. Lo que sí ha podido comprobarse es que la víctima no participó en la bacanal, ya que todo el proceso fue debidamente documentado y filmado por la Asociación de Vecinos.

La policía científica lleva toda la noche peinando la zona y registrando minuciosamente la casa en busca de cualquier indicio que pueda ampliar la única pista de que disponen. No se han encontrado huellas, ni vello púbico, ni fluidos corporales; ni siquiera el arma homicida. «Los asesinos de hoy en día, cada vez lo ponen más difícil; así no hay quien trabaje», explicó el inspector

encargado del caso. Lo único que la asesina —porque eso es únicamente lo que saben, que podría ser una mujer— dejó en la casa, fue ceniza de cigarrillo sobre la alfombra y un mensaje en el contestador, alrededor de las tres de la madrugada, realizada desde el teléfono móvil de la víctima. La policía ha hecho público el contenido de la grabación, por si los ciudadanos pudieran identificar la voz femenina que en ella aparece diciendo: «Hola, amor. No podré cenar contigo mañana. Tengo otro pene que cortar».

TÉ CON LIMÓN

Volaba calle abajo. Iba loca por verlo. Tenía una estupenda noticia. Hacía años que no se sentía tan eufórica. A pocos metros de la cafetería Alianza, aminoró el paso y se arregló el pelo frente al escaparate de una joyería. La casi carrera le había sonrojado los pómulos; se le antojó que lucía un aspecto espléndido.

Cruzó la puerta giratoria; el lugar estaba notablemente concurrido, pero enseguida lo vio sentado en su mesa habitual. Él la saludó agitando el brazo. Las gafas le daban un aspecto más interesante. Ella se acercó. Le dio un beso en cada mejilla y se quitó el abrigo para colgarlo en el respaldo de la butaca. El camarero la atendió antes de que pudiera sentarse.

—Un té con limón, por favor —pidió. Él ya tenía servido un café.

—¿Qué es eso tan urgente que quieres contarme? —preguntó él, mientras encendía un cigarrillo.

—Le he pedido el divorcio a mi marido —soltó ella entusiasmada.

—¿Por qué lo has hecho, Ángela? —Intuyó la respuesta y tiró con desprecio el paquete de tabaco sobre la mesa de mármol. El camarero dejó frente a ella la infusión.

—Porque quiero estar contigo —confirmó ella.

—Eso no tiene ninguna gracia, ¿no crees? —contestó con sorna.

—Pero, Alberto, pensé que te alegrarías. —El rostro de Ángela se tornó pálido.

—¿Por qué iba a alegrarme con tu divorcio? —contestó tras darle una profunda calada al cigarrillo. Tenía las orejas encendidas por la irritación.

—Bueno, llevamos juntos dos años y dices que me quieres. Yo te quiero, Alberto.

—Claro que te quiero, Ángela, pero nunca te he hablado de amor. Te quiero, y también quiero a Amaia, y a Vera, y a Lourdes, y a...

—Espera, ¿sales con todas esas mujeres? —lo interrumpió ella.

—Sí, claro. Me gusta salir con diferentes mujeres. Me lo paso bien. Compartimos un montón de cosas, pero me gusta vivir y estar solo. Me gusta la independencia y la intimidad —le explicó él, en un tono que rozaba la pedantería.

Ángela se quedó muda y boquiabierta. Los ojos desenchajados. La franja entre la nariz y el labio superior le empezó a sudar a causa del humillo hirviente que desprendía la tisana.

—Yo pensé... —consiguió balbucear.

—Pensar, pensar... No deberías hacerlo tanto. Si no dieras las cosas por sentadas, no te complicarías tanto la vida, ¿no crees?

UNA VENTANA AL MUNDO

Martina sale a la terraza de su apartamento, sujetando una copa de vino blanco en su mano calcárea. La bata de seda cae de sus hombros dejándolos a la vista, el cinturón impide que resbale más allá de sus caderas. El pelo alborozado en un moño, cual emperatriz china. Por la cuenca entre sus pechos resbala un caudal de gotas veraniegas. Se apoya en la barandilla metálica y admira aquel paisaje tan conocido. El mar recoge los últimos rayos de sol y resplandece como un millar de luciérnagas. El cielo sujeto por el horizonte está dando paso a la oscuridad de la noche, invadida por la luna llena que espera su turno de vigía. Una pareja de ancianos pasea a su labrador, que trota junto a la orilla demandando las caricias y mimos que sus dueños le proporcionan. Cuatro amigos adolescentes chutan una pelota dejando la huella de sus jugadas en la arena. Y la misma mujer delgaducha, con un pañuelo en la cabeza, lee como cada atardecer, acomodada en su silla plegable. Las dóciles olas le golpean los pies. Aquella ventana al mundo se le antoja el más bello lienzo jamás pintado.

Termina el vino y deja la copa sobre la barandilla. Deshace el nudo y la tela desciende por su espalda, cayendo al suelo. Su piel luce bajo el manto negro. Se da la vuelta y anda hacia el interior de la vivienda. Cruza la sala en penumbra y entra en el baño. Una docena de velas arden repartidas por la estancia y el incienso humea sobre la repisa de la ventana. La bañera colonial espera colmada de rosas blancas, que Martina ha deshojado en el agua. Desliza el cuerpo en la infusión de pétalos y acomoda la nuca en el borde, cierra los ojos. Su padre la está acunando y le besa el cabello, es solo una niña, una niña que echa de menos a su madre muerta. Él es lo único que tiene. Sonríe ante aquella visión.

Al alba, las velas se han consumido. Aún huele a incienso de flores silvestres. El agua se ha escapado y los pétalos cubren su cuerpo inmóvil, que mantiene la postura relajada. Su nívea imagen se ha teñido de rojo durante la

noche. En el suelo, la navaja de barbero de su padre brilla con el amanecer.

CONVERSACIONES

de una autora loca

—*No puedo creer que aún estés dándole vueltas a lo mismo.*

—*¿Y por qué no? ¿Es que todo tiene que salir a la primera?*

—*Supongo que no, al menos, a ti no te ha salido. Seguro que eres la única que tarda tanto en hacerlo.*

—*Y tú qué sabes. ¿Acaso eres más lista que nadie?*

—*No, desde luego que no. Pero estoy segura de que lo haría un poco mejor que tú.*

—*Ah, claro. ¿Y se puede saber cómo lo harías tú?*

—*No pienso decírtelo, porque de esa forma te daría pistas y copiarías mis ideas. Deberías estrujarte un poco más el cerebro; pensar es gratis, ¿sabes?*

—*Oye, déjame en paz, así no hay forma de concentrarse.*

—*Sí, claro, ahora voy a tener yo la culpa de que estés sufriendo un bloqueo, incluso antes de empezar.*

—*No, pero podrías ayudar un poco en lugar de criticar tanto, ¿no crees?*

—*Está bien, te ayudaré un poco. Bien... piensa, busca en tu cerebro, recuerdos, sentimientos, detalles, conversaciones... cierra los ojos, si crees que eso puede concentrarte.*

—...

—*¿Qué tal?*

—*Nada... ¡no hay manera! Tengo la mente en blanco.*

—*Eso no puede ser, la mente no se puede tener nunca en blanco, siempre se está pensando en algo, por minúsculo que sea.*

—*Ya estamos otra vez. Si que te rindes fácilmente a prestarme tu ayuda.*

—*Chica, es que eres verdaderamente difícil. No creí que a tu edad tus vibraciones cerebrales pareciesen un encefalograma plano.*

—*No puedes parar, ¿verdad?*

—*No, no es eso. Es que parece que entre tu cerebro y tú haya habido una*

especie de corte... un episodio de síndrome de Korsakoff, pero sin alcohol.

—Te gusta castigarme, ¿no es cierto?

—No...

—Sí, porque no te doy lo que quieres y me lo pagas así. Castigándome y no dejándome en paz.

—*No estamos hablando de mí, sino de ti. No intentes cambiar de tema.*

—Vaya, ahora estoy cambiando de tema. Mira, no estoy dispuesta a que me estés dando la murga todo el tiempo. Si no te callas tú, voy a tener que callarte yo misma.

—*¿Y cómo pretendes hacer eso?*

—¿Qué tal si me pongo a leer y te desconecto?

—*No te atreverás a hacerlo.*

—Quizá de ese modo te callas y me dejas en paz, porque me tienes un poco harta.

—...

—Bien, parece que empezamos a entendernos. ¿O solo es un truco?

—...

—Por fin te has callado, me alegro. Ahora, a ver si podemos empezar la puñetera novela, que con la discusión, llevamos más de una hora perdida... ¿Sigues ahí?

—*Eso deberías saberlo, ¿no crees? Al fin y al cabo, estoy dentro de tu cabeza de chorlito.*

CHAT: LAS LOKAS DEL COÑO

Domingo, 9.32am

Niu:

Chicas, ¿cómo fue la noche?

Domingo, 11.28am.

Niu:

¿Chicas?

Eli:

Perdona, churri. Estamos en Urgencias.

Niu:

¿En Urgencias? Pero ¿qué ha pasado?

Eli:

Estas locas... que no se las puede sacar a ninguna parte.

Niu:

Ay, Dios. ¿Qué han hecho?

Eli:

Pues mira, Anna tiene un chichón en la frente.

Ella dice que se dio con el pomo de la puerta, mientras intentaba hacer pis en el baño del pub...

Anna:

Que es verdad, leñe. Perdí el equilibrio y me di con el pomo.

Eli

Ya, con el «pomo» del moreno que te llevaste al baño.

Niu:

Jajajajajajajaja. Anna, eso me lo tienes que contar.

Anna:

Ni hablar. Lo que ocurre en el baño, se queda en el baño.

Eli:

Pues el chichón te lo has traído contigo...

Bea:

Cállense ya, SEÑORAS, que me duele el esternocleidomastoideo y no puedo con mi vida.

Niu:

¿La niña también? Pero ¿qué habéis hecho?

Eli:

No preguntes...

Niu:

Decidme, al menos, que Dani está bien...

Dani:

Estoy bien... servida... jajajaja

Anna:

Dani conoció a un ginecólogo y le ha hecho una exploración completa. Ya está haciendo la maleta para irse a vivir con él.

Dani:

Me dio vuelta y vuelta, como a una tortilla...
Qué bueno estaba el jodío...

Niu:

Jajajajajaja. Y a la niñata... ¿qué le ha pasado?

Bea:

Que me pegué el lotazo con un maromo durante horas y creo que tengo una dislocación de la apófisis mastoides.

Niu:

¡Por Dios! No se os puede dejar solas. Eli, debiste llamar a Llanos para que les diera caña.

Eli:

A estas no las para Llanos, ni Judith ni Susana ni Sonia ni Montse ni Mónica ni Eva ni Marisa... ni la madre que las parió a todas.

Niu:

Eso es verdad, jajajajaja. Pues ahora mismo voy a comprar unos dulces y os los llevo.

Eli:

Me parece genial. Eres un amor, ¿qué haríamos sin ti?

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión, quiero dar las gracias a todas esas personas que me acompañan cada día en esta aventura. Todas y cada una de ellas me ha aportado su parte de cariño, fuerza, ganas y apoyo todos los días desde hace poco más de un año, cuando decidí publicar mi primera novela; muchas, incluso antes.

Me he encontrado personas maravillosas en todo este tiempo y a ellas quiero dedicarles estos relatos. A todas las que me saludan por las mañanas, las que me escriben para preguntar cómo estoy, las que me explican sus peripecias, las que comentan en redes su opinión, las que me dan las gracias por escribir, las que me piden que no lo deje nunca, las que me ayudan a mejorar mi escritura, las que se toman la «molestia» de leer los esbozos de mis nuevas historias y criticármelos, las que se dedican a leer, comentar y compartir para que los libros siempre sigan en movimiento y puedan llegar a más personas. TODAS sois las que hacéis que haber cambiado de profesión, después de cumplir los cuarenta, haya valido la pena... todas las penas.

UN MILLÓN DE GRACIAS POR TENER UN HUECO PARA MÍ EN VUESTRAS VIDAS. EN LA MÍA, YA OS HABÉIS GANADO EL PODIO.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Barcelona hace más de cuarenta años. Por circunstancias de la vida, estudié una carrera de números y me dediqué a ello durante veinticinco años, pero mi gran pasión y asignatura pendiente eran las letras. Sí, así de contradictoria soy. Me he pasado la vida leyendo y escribiendo, en unas épocas más que en otras.

La decisión final de ponerme con mi verdadera vocación llegó con la típica crisis de los cuarenta. Sí, amigas, esa crisis existe, no es una leyenda urbana. Pero no os asustéis, no a todas os va a dar por volveros majaras. En mi caso, no pude reprimirme más y me puse a divagar, a inventar y a escribir como una posesa, de todo y de nada. Le pillé tanto el tranquilo que no he podido parar.

Mi escritura no lleva florituras. Si puedo decir algo en una sola frase, no lo hago en cinco. Alargar y estirar el lenguaje, en mi caso, parecería forzado. Esa es mi forma de escribir; sencilla, directa y sin virguerías. Y siempre intento que aparezca el buen humor de por medio, porque reír es un privilegio y, además, es gratis.

Con lo que más disfruto es con la creación de los personajes. Me encanta verlos caminar, bailar, reír, llorar, cagarse en todo y coger el toro por los cuernos. En especial los femeninos. Me gusta hacerlos vivir locuras. Espero que los disfrutes tanto como yo.

Si te interesa saber de mí y de mis proyectos, puedes seguirme o escribirme:

e-mail: elisamayoescritora@gmail.com

Facebook: [Elisa Mayo](#) (página profesional).

Instagram: [@elisamayoescritora](#)

NOVELAS PUBLICADAS DE LA AUTORA EN AMAZON



